



Egidio Cuadrado

Acordeón al cuadrado, humildad al cubo

La indescriptible impresión que produce estar frente a un ser humano como Egidio Rafael Cuadrado Hinojosa, sólo puede explicarse en la medida en que la sensatez de quien tenga esa oportunidad le permita dimensionar el profundo valor de la humildad en las personas que superan la inevitable vanidad imbuida por la fama.

Nació el 26 de febrero de 1953, en un hogar de familia humilde en Villanueva (La Guajira), cuna de acordeoneros y compositores pioneros del Vallenato. Signado para la música por la herencia que traía de su abuelo materno Luis Hinojosa, quien fue cajero y guacharaquero, sazonó su inclinación por el Vallenato en el ambiente de perpetuidad musical de su pueblo, cuyo entorno sublime para los amantes de esta bella expresión musical incita a vallenatear.



Salvado para el acordeón

Las circunstancias en que Egidio vino al mundo, anunciaban el irrevocable destino de ser el prodigio que, gracias a su herencia, terminó siendo para el Vallenato. Su madre, a causa de una fiebre intensa, fue sometida a un procedimiento quirúrgico para extraerle la criatura y salvar dos vidas en peligro.

Un bebé prematuro, como parece el caso de este maravilloso acordeonero, provocó un retraso que no le permitió hablar a la edad adecuada, por eso a los seis años tocaba bien el acordeón y pese a que habló a los ocho. “Mi mamá y mi familia, en general, hacían apuntes jocosos porque yo toqué acordeón a esa edad y en cambio solo hablé tarde”.

Sus fantasías infantiles revelaron, desde muy temprano, frenesí acordeonero. Coursaba los primeros años de la primaria en el colegio Parroquial de su pueblo: “yo llevaba mi cuaderno, la cartilla y el lápiz, pero como me gustaba el acordeón, le arrancaba las hojas centrales, unidas, y la doblaba tantas veces como fuera posible hasta lograr darle forma de fuelle; luego, le pintaba los botones y comenzaba a tocar, simulando sonidos de las notas con la boca”.

Su acordeón de papel dentro de la mochila, junto a sus útiles escolares, le acompañaba por semanas hasta cuando la reemplazaba, pues el ajeteo de sus parrandas imaginarias entre la escuela y la casa producían un gran desgaste de su frágil instrumento. El conjunto fingido lo completaba con amigos del colegio o con sus hermanos en el que la caja era un “pote” (envase) de avena y la guacharaca un rallador de queso que tocaba con un trinche de cocina.

Eran las señales del gran acordeonero que sería en el futuro, luego que pasaran por su casa los más grandes juglares del Vallenato, empezando por el maestro Rafael Escalona, quien con sus canciones, su picardía y elegancia, en compañía de otros grandes de la composición y maestros del acordeón, logró conquistar a Dina Luz, la bella hermana de Egidio que el maestro pretendió hasta hacerla su esposa.

Una frase lapidaria que sella el eterno pacto de Egidio con el acordeón, desde temprana edad, testimonia su amor infinito por este instrumento cuyas notas lo arrullaron como canción de cuna en las noches villanueveras: “Con el acordeón nací y con él me muero”.



A close-up photograph of a person's hands playing a green accordion. The person is wearing a green leather strap and a blue sleeve. The accordion is green with orange and red bellows. In the foreground, a red piano keyboard is visible. The background is a dark, patterned surface.

“Con el
acordeón nací
y con él me muero”.





Múltiples escuelas, un solo estilo

Los maestros del acordeón Luis Enrique Martínez, Alfredo Gutiérrez, Colacho Mendoza y Aníbal Velásquez trazaron con sus estilos el devenir musical de Egidio Cuadrado, talante que luego enriqueció con destacados músicos de la siguiente generación, entre ellos su paisano villanuevero Emiliano Zuleta.

Hugues, su hermano, dueño del acordeón real que hubo en su casa y que guardaba en un cajón de madera con la tapa atornillada para que no lo sacaran, aportó frutos de su propia cosecha, "... pero, además, algo logré cogiendo por ratos un acordeón que había en el colegio Roque de Alba, con el que a veces tocaba rancheras como las de Antonio Aguilar. Mi hermano tuvo conjunto y, a veces, se reunía con otros acordeoneros de Villanueva como El Chongo Rivera, Norberto Romero y Beto Murgas, yo les tocaba maracas y de allí también aprendí porque a mi hermano le gustaba mucho tocar pasebol y las guarachas de Aníbal Velásquez".

Cuando creyó haber alcanzado nivel para mostrarse se atrevió a impulsar junto con otros músicos y compositores la grabación de lo que sería su primera incursión en el disco. "Armando Hernando, Julito Oñate (Julio Oñate Martínez) y yo organizamos un conjunto al que le pusimos como nombre: La Juventud Vallenata, y nos fuimos para Barranquilla y grabamos un disco en el que toqué y canté cuatro canciones, entre ellas: *El Monte de la Rosa*, del viejo Emiliano Zuleta".

Lo que parecía una producción artesanal y provinciana representó el estreno profesional y comercial de una figura portentosa del Vallenato, cuyo trasegar artístico fulgura en nuestros días y muestra síntomas de prolífica y extendida vida musical. Egidio es un orgullo para la región vallenata en cuya representación recorre el mundo acompañando al afamado cantante Carlos Vives, un gran revolucionador del Vallenato, por la incorporación complementaria de nueva instrumentación y por la admirable estrategia de internacionalización de esta expresión cultural.



Evolución sin alteración

Una invasión de músicos, compositores, en fin, juglares de los más notables hizo de la residencia de los Cuadrado Hinojosa su hogar. Las alucinantes parrandas protagonizadas por Emiliano Zuleta Baquero, Alejandro Durán, Toño Salas, Leandro Díaz, Poncho Cotes, Colacho Mendoza y el jefe de la tropa, el maestro Rafael Escalona, serenataron las noches villanueveras y recibieron con algarabía los días de felices parranderos que hicieron de la vida una fiesta.

El gran aprovechado fue Egidio, quien no se perdía una y, cuando las posibilidades se prestaban echaba su cuarto a espadas, así recibiera la censura por alterar la autenticidad de los contenidos musicales al tocar lo que le más le gustaba: música de Alfredo Gutiérrez, Aniceto Molina o Aníbal Velásquez. “Poncho Cotes, era de los primeros que protestaba: no toque eso que eso no es vallenato”.

Para colmo, su admiración por Alfredo Gutiérrez y la atracción por las románticas canciones de El Flaco de Oro, Gustavo Gutiérrez, hicieron que se interesara por aprender a tocar concertina. Hoy en día conserva la primera que adquirió, en la que toca *Confidencias* y *La Espina* con la perfección de los dioses.

El ajetreo hizo que Egidio fuera tallando un estilo que alcanzó auténtica pureza y exquisitez interpretativa hasta el punto que en 1973 se convierte en el rey aficionado del concurso de acordeoneros del Festival Vallenato, lo cual ratificó 12 años más tarde con sobrados méritos al ser ungido como rey de la categoría profesional en 1985.

Una gran paradoja corre por cuenta de lo que artísticamente ha vivido Egidio en los últimos 26 años, al lado de Carlos Vives, con quien ha lanzado al mercado producciones musicales como *Clásicos de la Provincia*, *La Tierra del Olvido*, *Tengo Fe*, *El Amor de mi Tierra*, *Déjame Entrar*, *El Rock de mi Pueblo*, *Clásicos de la Provincia II*, *Corazón Profundo*, además de haber producido la banda sonora de la novela *Escalona, un canto a la vida*. El destacado cantante samario es uno de los precursores de la evolución del Vallenato al complementar su sencilla organología y explorar tendencias con matices de rock o quizás Pop, para ser más exactos. Aunque Carlos, con el rock de mi pueblo, como él lo llama, matiza clásicos como *La Gota Fría*, que en su voz han recorrido el mundo por su extraordinaria interpretación.



Vives, en cuya “banda” tocaba la caja Ebert, hermano de Egidio, quien falleció en un partido de fútbol recreativo del grupo musical cuando aprovechaban una pausa en la grabación del disco *La Tierra del Olvido*, ha sido el gran conquistador del mercado internacional para el Vallenato, pero en muchos sectores de la crítica musical se le asimila como rockero, tanto por el estilo como por su informal atuendo, mientras que Egidio es un vallenato puro en su forma de tocar, tanto como en su forma de hablar y vestir.

Siendo un hombre de temperamento alegre y tranquilo, pareciera exacerbarse cuando alguien insinúa que Vives, altera la pureza del Vallenato y que lo ha vuelto rockero. “Es que hay que modernizarse porque no podemos quedarnos en el Vallenato de hace 50 años”, y agrega: “Los Clásicos de la provincia son una muestra de que mi compadre ama y hace vallenato. Ahí están los cuatro aires grabados y mantuvimos la esencia, aunque sea cierto que metimos instrumentos nuevos y arreglos novedosos, pero no hemos alterado nada, por respeto con el folclor”; clásicos con los que han ganado innumerables reconocimientos nacionales e internacionales. Pero a su juicio faltan más esfuerzos: “... hay que hacer más por el Vallenato auténtico”, lo cual enfatiza cuando sostiene que “es inaceptable que tengamos al Vallenato puro olvidado, y solo lo revivamos cada año en el Festival, cuando vuelven a tocarse los aires típicos”. Reclamo que, sin duda, hace bien a esta rica expresión folclórica del gran Valle de Upar.

